

## Jenofonte

---

### LA ANABASA

Cuando se ha pasado un mes leyendo revistas, libros serios, artículos graves y disertaciones de filosofía y de historia, se levanta uno al fin una mañana con el propósito de no leer más. Se toma una escalera, se sube uno á lo más alto de su biblioteca, saca de allí un libro de memorias, de los de Montluc, por ejemplo, y se hojea por la batalla de Ceriñola ó la matanza de Siena. Aquellos grandes botes de pica y bellos disparos de arcabuz, deleitan la mirada. A caballo por montes y por valles, entre las sorpresas, las serenatas, los alegrones, los espectáculos nuevos, los peligros inesperados; en las ciudades engalanadas de Italia y en las doradas viñas de Languedoc, se respira en pleno aire y se comprende la existencia de otra vida distinta que la nuestra, y al mismo tiempo otro espíritu más ingenuo, menos nutrido de ideas, pero más viril, surtido de ideas más claras; se siente como un soplo de salud y de lozanía, que pa-

rece atravesar nuestra civilización artificial, nuestros papeles impresos y nuestros viejos librotos.

Los griegos tenían también sus memorias, más prácticas aún y más naturales. Republicanos exentos del punto de honor y de los hábitos caballerescos; muy razonables, muy letrados é inventores de artes y de ciencias, sabían obrar con tanto atrevimiento como nuestros aventureros, con más concordia que nuestros hidalgos y, más aún, sabían escribir. Por encima de todo, ponían los objetos más bellos. El Asia valía por la América, y Artajerjes valía más que Moctezuma. He releído *La Anabasa*, de Jenofonte, y con tanto placer, que ruego se me permita citar y comentar algunas de sus páginas. Nada más curioso que aquel ejército griego, república viajera que delibera y que obra, que combate y que vota; especie de Atenas errante, en medio del Asia, con sus sacrificios, su religión, sus asambleas, sus sediciones y sus violencias; ya en paz, ya en guerra, sobre la tierra y en el mar, y de la cual cada acontecimiento prueba y revela una facultad y un sentimiento nuevo. Pero allí la belleza del estilo supera aún al interés del relato. Suponed que entre nosotros, los franceses, la ciencia fuese laica en su nacimiento y que algún buen genio nos hubiera librado de la escolástica, y probablemente la civilización moderna hubiera comenzado cuatro siglos antes, y nuestros primeros cronistas hubieran alcanzado con su ingenuidad el estilo perfecto del siglo XVII. Pues esto fué lo que entonces sucedió en Grecia; Platón, infinitamente más atrevido y más inventor que Descartes, tiene familiaridades y gracia de niño, y

Jenofonte, político, filósofo, moralista é historiador, es también sencillo, como un narrador de la Edad Media. Yo le traduciré palabra por palabra y le dejaré hablar á él casi siempre. Él se explicará á sí mismo, y la diferencia de su estilo y del nuestro señalará mejor que ningún comentario, la diferencia de las dos civilizaciones.

Hay que aplicar á Jenofonte estas palabras de madame de Launay: «Su espíritu no emplea ni rodeos, ni figuras, ni nada de aquello que se llama invención. Impresionado vivamente por los objetos, los refleja como el cristal de un espejo, sin añadirles ni omitirles y sin cambiarles nada.» El contraste es tanto más saliente cuanto que nuestro lenguaje de hoy se halla cargado de metáforas, de términos abstractos, de rodeos convencionales y que bajo la invasión de la filosofía y de la poesía ha perdido nuestra lengua una parte de su precisión y de su claridad; si se quisiera expresar la de Jenofonte por una imagen, se le debería de comparar al agua de un arroyo al salir del manantial, sin mezcla todavía, fina y limpia, más bella que cuando será gruesa y turbia por el progreso de su corriente. He aquí ahora cómo empieza Jenofonte, y una página de él dirá más que cuanto pudieran decir todas las comparaciones. Entra al instante en materia, no habla de sí mismo, no establece reflexiones generales, no se ocupa sino de hechos expuestos con tanta espontaneidad como concisión.

Después que Darío hubo muerto y Artajerjes fué proclamado rey, Tisaférne calumnió á Ciro, diciendo que él formó un complot contra su hermano; éste se dejó persuadir é hizo

prender á *Ciro*, para matarle. Pero su madre, habiendo obtenido gracia del rey, envió de nuevo á *Ciro* á su gobierno. Después de este riesgo y este ultraje, *Ciro* buscó el medio de no estar por más tiempo sometido á su hermano, y hasta si le fuera posible, el de reinar en su lugar. La madre de ambos, *Parysatis*, era más cariñosa para él que para el rey, *Artajerjes*. Desde este momento nadie de la casa del rey vino á ver á *Ciro*, que no saliera mejor dispuesto para con *Ciro* que para con el rey. Cuanto á los bárbaros de su gobierno, tenía necesidad de convertirlos en buenos soldados y aficionarlos á su persona; levantaría tropas griegas, lo más secretamente que pudiese, á fin de sorprender al rey de improviso. He aquí cómo las reunía: en todas las ciudades donde él tenía guarnición, ordenó á los jefes tomar los soldados del Peloponeso mejores y más numerosos que pudiesen, diciendo que *Tisaférne* tenía propósitos perjudiciales para ellos. En efecto, las ciudades jónicas eran una antigua posesión de *Tisaférne*, donada por el rey; y en este momento, salvo *Mileto*, se habían entregado todas á *Ciro*. *Tisaférne*, comprendiendo que *Mileto* seguiría el ejemplo de las demás, hizo matar á unos y proscribió á otros. *Ciro* acogió á los fugitivos, y reuniendo un poderoso ejército sitió á *Mileto*, por tierra y por mar, é hizo esfuerzos por reunir á todos los proscritos, lo cual fué también para él un pretexto para formar otro ejército. Había enviado emisarios cerca del rey, para decirle que siendo él su hermano, más justo sería que poseyese dichas ciudades que no *Tisaférne*, y su madre se puso á su favor. Con estas cosas, el rey no sospechó que su hermano preparaba una empresa contra él, y creyó que se arruinaría levantando ejércitos, contra *Tisaférne*; y no le contrariaba, por esto, verlos enzarzados en una guerra. Además *Ciro* envió á su hermano los tributos que se le debían pagar por las ciudades jónicas cuyo dominio correspondía á *Tisaférne*.

En el Quersoneso, que se halla frente á *Abidos*, reunió otro ejército del modo siguiente: *Clearco*, el lacedemonio, estaba desterrado allí; habiéndole conocido *Ciro* le admiró mucho y le dió diez mil daricos, y *Clearco* formó, con el auxilio de este

dinero, un ejército, é hizo la guerra en el Quersoneso, atacando á los tracios que habitan por encima del *Elesponto*, y prestó ayuda á los griegos. De modo que las ciudades del *Elesponto*, por esto, contribuyeron voluntariamente con su dinero á nutrir su ejército, el cual también estaba á disposición de *Ciro*, sin que se supiera. *Aristipo*, el tesalio, era deudo suyo, y oprimido entre sus compatriotas por los de la facción contraria, fué á demandarle á *Ciro* la entrega del dinero preciso para pagar dos mil soldados por espacio de tres meses, á fin de venir á castigar á sus adversarios; y *Ciro* le dió para el sueldo de cuatro mil soldados por espacio de seis meses, con la condición de que no cesara de hacer la guerra á sus adversarios, sin consultar antes con él. De esta manera tenía dispuesto secretamente otro ejército de tesalios. Ordenó á *Proxenes*, el beocio, su deudo también, reunir un ejército con el mayor número de hombres que pudiese, y decir luego que deseaba marchar contra los pisidienses, que inquietaban su territorio. Por último, dió orden á *Sofenetos*, el stinfaliense, y á *Sócrates*, el aqueo, que también estaban acogidos por él, que viniesen con el mayor número de hombres que pudiesen, á fin de atacar á *Tisaférne*, de concierto con los milesios proscritos.

Así fué como, preparado *Ciro*, se puso en marcha, so pretexto de ir á hacer la guerra á los pisidienses. Tenía un gran ejército de bárbaros y tropas griegas y se le iban reuniendo, á medida que avanzaba, tropas que no estaban formadas por mercenarios necesitados de vender sus servicios para vivir, sino por hombres á quienes impelía el espíritu aventurero y á quienes atraía el renombre de *Ciro*. Muchos de ellos habían abandonado á sus propios hijos; otros habían huído de la casa paterna, é iban al Asia, como fueron al Nuevo Mundo los primeros navegantes allí aportados, con el fin de ganar gloria y riqueza. Llegado *Ciro* á

Frigia, contó sus tropas en un gran parque (plantado por Jerjes cuando volvió de Grecia, después de ser derrotado), y halló que tenía once mil hombres pesadamente armados, y dos mil de infantería ligera.

El libro es un diario de marchas, sin comentarios; lo cual le da un carácter muy expresivo de verdad. Los griegos atravesaron un país lleno de lugares célebres, y los recuerdos á éstos unidos dan á su viaje un singular interés. Ya se trata del río junto al cual venció Apolonio á Marcias; ya de la fuente en cuyos bordes emborrachó Midas al sátiro; en Pelte, Jenias, el arcadio, sacrificó á Pan y dió unos juegos públicos, en los que concedió como premios instrumentos de oro de los que usaban los gimnastas para limpiarse, rayéndose el polvo y el sudor. Sus tradiciones mitológicas les seguían, y la antigua poesía adornaba el paisaje con sus amables mentiras. Muchos minuciosos hechos interesantes rompen la uniformidad del diario, y á la par que ponen los objetos ante los ojos, ponen las costumbres ante la inteligencia. La reina de Cilicia vino á encontrarse con Ciro, trayendo consigo grandes tesoros, y le rogó que le mostrara su ejército, á lo que accedió Ciro, y vieron desfilar á las tropas, dice Jenofonte, Ciro sobre un carro de guerra y la ciliciana en uno de cuatro ruedas, cubierto. «Los griegos llevaban todos cascos de bronce, túnicas de púrpura, cnemidas y hebillaje brillante; Ciro, parando su carro ante ellos, envió cerca de los generales al intérprete Pigretes con orden de decirles que toda la falange presentara las armas y continuasen adelantando. Sonó la trompeta, y los soldados, con las ar-

mas hacia delante, se abrieron, y apretando el paso y lanzando gritos, se dieron á correr al lado de las tiendas. Los bárbaros y los demás tuvieron mucho miedo al verlos. La ciliciana huyó de su carro; las gentes del mercado, abandonando sus mercancías, salieron de huida, y los griegos marcharon riéndose á sus tiendas. La ciliciana, viendo el brillo y el admirable orden del ejército, lo admiró, y Ciro se deleitó del temor que los bárbaros tuvieron de los griegos.» Los peruanos temieron también á los españoles. Las expediciones de Cortés y de Pizarro se parecen mucho á las de Jenofonte y de Agesilao.

Cuando llegaron á Cilicia, los soldados sospecharon que se les llevaba contra el rey y se negaron á seguir adelante. Clearco quiso obligar á los suyos á continuar la marcha, y ellos golpearon los caballos de su carro y á él, que huyó, habiendo estado á punto de ser lapidado. Luego él los convocó «y permaneció postrado mucho tiempo ante ellos y llorando»; después les dijo que haría lo que quisieran. Entretanto, los hombres que había él logrado ganarse, levantáronse en medio de la asamblea y probaron que no se podía adelantar ni retroceder sin el apoyo de Ciro. Ellos no tenían guías ni barcos; los pasajes estaban ocupados por delante y por detrás; y se tomó el acuerdo de enviar emisarios á Ciro, el cual manifestó que iba al Eufrates á combatir á su enemigo Abrocomas. Los soldados casi no estaban persuadidos; Ciro prometió á cada uno de ellos darle tres medios daricos por cada mes, en lugar de un darico, y con esto se decidieron á continuar la marcha.

Al fin revela su propósito en Tapsaco, junto al Eufrates, y ordena á los generales anunciar á los soldados que la expedición iba dirigida contra Atarjejes. «Los soldados se irritaron y dijeron que los generales sabían esto desde hacía mucho tiempo y lo habían ocultado, y declararon que no adelantarían un paso si no se les daba tanto dinero como á los soldados que acompañaron á Ciro en su primer viaje, y Ciro les prometió darles á cada uno cinco minas de plata, cuando estuvieran en Babilonia, y además pagarlos el sueldo entero hasta que ellos estuvieran de regreso en Jonia, lo cual persuadió á la mayor parte de los griegos.» Este rasgo ingenuo no es una declaración. Jenofonte refiere sin comentario un hecho que encuentra natural. No aspira á presentar á los griegos como aventureros desinteresados y heroicos. Nada le parece más natural que el pedir dinero en pago de un servicio. Nosotros nos hallamos separados de este modo de pensar por veintidós siglos de ideas más modernas.

Dejaron aquellas tropas el Eufrates por el lado derecho y entraron en la Arabia, país desierto.

En este lugar la tierra presentaba una superficie plana y compacta como la mar y poblada de ajenjos y algunas otras pocas plantas, todas las cuales tenían buen olor, por ser plantas aromáticas; pero no había ninguna clase de árboles. Veíanse bestias salvajes de todas las especies, como gran número de onagros y muchos avestruces del mayor tamaño. También había abutardas y cabras silvestres. Los caballeros persiguieron estas bestias. Los onagros, que al ser acosados corrían con violencia al precipicio, deteníanse luego, porque iban mucho más de prisa que los caballos, y cuando éstos se les aproxi-

maban, comenzaban de nuevo su carrera, de modo que no se les podía apresar sino cuando los caballeros se apostaban de distancia en distancia y les acosaban relevándose.

La carne de los que fueron cobrados parecía á la de los ciervos, sino que era más tierna. Pero nadie pudo coger un avestruz, y los caballeros que se decidieron á perseguirles tuvieron que renunciar pronto á su empresa, porque estos animales se les adelantaban considerablemente, por la ligereza de sus pies y gracias á sus alas que les soliviantaban, y de de las cuales ellos se servían como de un velo. Cuanto á las abutardas, si se las sorprende echándolas á volar bruscamente, es fácil cazarlas, porque tienen el vuelo corto como las perdices y se cansan pronto. Su carne es muy buena.

Hay muchos de estos breves cuadros verdaderos, tan reducidos, como llenos de cosas; donde el dibujo está mejor determinado que el color, y es tan preciso y justo que hace ver los hechos y los objetos como si estuvieran presentes.

Aquellas gentes atravesaron el desierto á grandes jornadas, sufriendo mil necesidades y sin tener más que carne para nutrirse. Un día, en un paso estrecho donde había mucho barro, los carros se atollaron; Ciro hizo venir hombres para sacarles del atolladero, y, como no llegasen pronto, colérico, dijo á los primeros de su séquito que procurasen hacer adelantar los carros. «Acto seguido los demandados se despojaron de sus ropas de púrpura, y corrieron como si fuesen á la victoria, desde lo alto de una colina escarpada, donde se hallaban, con sus magníficas túnicas y sus largos pantalones bordados, y llevando algunos de ellos ricos collares en torno de la garganta y brazaletes en los brazos. Vestidos de este modo se lanzaron

al barro, y desatollaron los carros, lo más pronto que podía pensarse.»—No había ningún oficio vil á los ojos de los persas cuando era impuesto por el príncipe.—Esta subordinación á la obediencia hacía contraste con la independencia del carácter de los griegos, cada uno de los cuales hacía lo que mejor le pareciese, pues las costumbres republicanas les habían habituado á no obedecer más que á su propia voluntad ó al resultado de las votaciones, en las cuales ellos tomaban parte. Dos capitanes que no aprobaban aquella expedición, rogaron que se les entregaran los barcos que ellos hallaron en Cicilia, y embarcáronse con los hombres á sus órdenes. Cuando hubo que pasar por la segunda vez el Eufrates, «entablóse una disputa entre los hombres que mandaba Clearco y los que mandaba Menon. Clearco, juzgando que el soldado de Menon estaba equivocado, le hizo apelar, y este soldado, habiéndose ido al cuerpo de ejército al cual pertenecía, refirió la ocurrencia, y en vista de ella los soldados se irritaron y se sintieron mal dispuestos contra Clearco; y habiendo ido éste el mismo día á pasar el río y á examinar el mercado que había por allí, retornaba á caballo, con poca gente, y para dirigirse hacia su tienda atravesó por entre el ejército de Menon, y un soldado, que le vió pasar, le tiró un hacha con la cual partía leña, errando el golpe. Otro le tiró una piedra, después otra, y después otra; luego, una multitud de ellos le apedrearon, acompañando su acción de gran griterío. Clearco huyó adonde estaban sus tropas y ordenó al punto que tomasen las armas; mandó á sus hoplitas

permanecer con el escudo inclinado sobre la rodilla, y poniéndose él mismo al frente de los tracios y de los caballeros, que eran más de cuarenta, corrió contra los hombres de Menon, los cuales se turbaron, y Menon con ellos; corrieron á tomar las armas y se dispusieron contra todo evento. Proxenes, que llegaba cerca de ellos seguido de su cuerpo de hoplitas, colocó á éstos al punto entre las dos tropas, y rogó á Clearco que depusiera su actitud; pero éste, irritado de ver que se considerase tan blandamente la injuria que se le infiriera de ponerle á punto de ser lapidado, ordenóle que se apartase, y en este momento llegó Ciro, el cual, enterado de lo que ocurría, tomando una azagaya entre sus manos corrió á ponerse entre los bandos contrarios, con aquellos de sus fieles que estaban con él, y dijo: «Clearco, Proxenes, y vosotros, griegos, que estáis aquí, no sabéis lo que hacéis. Si entabláis entre vosotros combate, considerad que yo me veré perdido desde hoy y vosotros muy poco después, porque tan pronto como nuestros asuntos vayan mal, estos bárbaros que veis serán más hostiles contra nosotros que los del rey mismo.» A estas palabras, Clearco volvió en sí, por todas partes comenzó á cundir la tranquilidad, y las armas fueron depuestas.

Se ha entrado ya en Babilonia; se han visto las huellas de un gran número de hombres y de caballos, y se ha sabido que el rey se halla cerca. Cunde el rumor de que su ejército está compuesto de doscientos mil hombres; que tenía sesenta mil caballeros y mil doscientos carros armados de ganchos. Ciro reunió á los griegos

y prometió una corona de oro á cada soldado, y entonces un proscrito de Samos se levantó y dijo: «Ciro, algunos piensan que tú haces muchas promesas impulsado por la proximidad del peligro, pero que si el triunfo se lograra no las cumplirás. Algunos añaden, que aun cuando tú quieras cumplirlas, no podrás dar tanto como has prometido.» — «Hombres — replicó Ciro —, el reino de mi padre llega por el Mediodía hasta el paraje donde no se puede habitar á causa del calor, y por el Norte hasta el punto donde no se puede habitar á causa del frío. Todos los países intermedios tienen por gobernadores á los amigos de mi padre; si somos vencedores, podrá suceder que vosotros, que sois mis amigos, seais los amos; de modo que yo no temo tener poco que dar á todos mis amigos, sino tener demasiado, para que vosotros codiciéis tomarlo todo.» Así también Atahualpa prometió á los compañeros de Pizarro darles una habitación llena de vasos de oro, siendo tan alta que él podría levantar en ella el brazo recto por encima de su cabeza.

El rey cejó, no determinándose á defender una fosa inmensa que tenía para contener á Ciro. Se creyó que renunciaba á combatir, y el ejército invasor comenzó á marchar sin guardar mucho orden, hasta el punto de que muchos soldados dejaron abandonadas sus armas sobre los carros de transportes, y el mismo Ciro, demasiado tranquilo, hacía su viaje sentado en un carro de guerra.

Era la hora en que el mercado se hallaba lleno de gente, y se aproximaba el momento en que se le debería dejar, cuando se vió llegar por él al persa Pataguas á toda prisa, llevando su

caballo cubierto de sudor, y á todos aquellos que va encontrando, al instante les dice, en lengua bárbara y en griego, que el rey viene con un gran ejército, preparado para el combate. Esto producía un gran revuelo, porque así los griegos como los demás hombres á las órdenes de Ciro, creían que iban á ser sorprendidos antes de prepararse. Ciro saltó de su carro, tomó su coraza, montó á caballo, y empuñando una azagaya ordenó á todos que se armasen y ocuparan su respectivo lugar. Después, con gran celeridad, se colocaron en línea de combate... Había llegado ya el medio día, y los enemigos aún no aparecían; pero cuando llegó la tarde se vió aparecer una gran polvareda, semejante á una nube blanca, y poco después una cosa negra que se extendía á lo lejos en la planicie. Pronto se vió el brillar de cascos y lanzas, y las líneas de soldados persas se hicieron visibles. Por la parte de la izquierda, los enemigos eran un cuerpo de jinetes con corazas blancas, los cuales tenían por jefe á Tisaferne. Al lado de éstos iban unos soldados que llevaban broqueles de cuero; luego iban los hoplitas, que usaban broqueles de madera que les llegaban hasta los pies, y eran llamados egipcios, y á continuación marchaban otros caballeros y los arqueros. Todos estos hombres iban agrupados por naciones, y los de cada nación en batallón cuadrado. Delante de ellos estaban los carros armados de ganchos, á mucha distancia unos de otros. Estos ganchos eran afilados y encorvados, de manera que pudieran cortar cuanto fueren hallando á su paso. Se decía que debían ser lanzados contra las filas de los griegos, á fin de romperlas. Sin embargo, Ciro, corriendo á lo largo de las filas con Pigretes el intérprete y otras tres ó cuatro personas más, le gritaba á Clearco que condujera el ejército contra el centro del enemigo, porque allí estaba el rey, y decía: «Si nosotros vencemos, allí todo habrá concluído.» Pero Clearco, no queriendo alejar del río el ala derecha de sus tropas, por temor de ser rodeado por los dos extremos, respondió á Ciro que él cuidaría de que todo fuera bien.

En este momento, el ejército de los bárbaros avanza con un movimiento igual, y el de los griegos, permaneciendo en su

puesto, refuerza sus líneas con todos aquellos que pudiera reunir; y Ciro, adelantándose un poco al ejército, dirige sus miradas á uno y otro lado, calculando la importancia de sus enemigos y de sus amigos. Jenofonte, ateniense, al ver al ejército griego, se aproxima á Ciro y le pregunta si tiene algo que ordenarle, y deteniéndose Ciro le dice y manda que á todos diga que los sacrificios habían sido favorables. Diciendo esto se oyó un rumor que iba á través de las líneas griegas, y le produjo inquietud; y Clearco, interrogado por él, respondióle que era la palabra que corría por segunda vez; maravillado Ciro de esta contestación, preguntó cuál era la palabra, y se le respondió que era: «Júpiter salvador, victoria»; y al oír esto, exclamó: «Yo deseo que así sea.» Cuando así hubo dicho, volvió á ocupar su sitio en su línea. Los dos falanges no se hallaban separadas más que por tres ó cuatro estadios cuando los griegos concertaron el plan y marcharon al encuentro del enemigo. En este momento lanzaron todos el grito de guerra y oraron durante todo el camino. Algunos de ellos decían que golpearían con sus lanzas los broqueles, á fin de espantar los caballos del enemigo. Antes de que llegaran al fin del trayecto, los bárbaros emprendieron la huida, y entonces los griegos los persiguieron con todas sus fuerzas y gritándose los unos á los otros que no corrieran á la desbandada, sino que hicieran la persecución guardando el mejor orden. Los carros fueron lanzados los unos á través de los enemigos, y los otros, desprovistos de conductores, corrieron por entre los griegos; pero cuando éstos les veían venir se apartaban, y un solo hombre fué alcanzado por uno de ellos, como quien se dejara sorprender en un hipódromo. Sin embargo, no experimentó daño alguno y no hubo ningún otro griego que recibiera el menor golpe, si no es uno del ala izquierda que fué herido por una flecha. Ciro, viendo á los griegos vencedores y corriendo tras los fugitivos, lleno de gozo y saludado ya como rey por los suyos, no se dió á la persecución, pero teniendo reunidos á sus seiscientos caballeros observó lo que hacía el rey. Éste, que estaba en el centro de su ejército, pasando no obstante el ala derecha del ejército de

Ciro, y no hallando á nadie que le hiciese frente ni que resistiese á sus primeras líneas, trató de envolverle, y entonces Ciro, temiendo que los griegos fuesen atacados por la espalda y destruidos, empujó hacia adelante, y cargando con sus seiscientos hombres, derrotó y puso en fuga á los seis mil caballeros del rey y mató por su propia mano á Artajerjes, el jefe de aquéllos. A la vista de esta derrota, los seiscientos caballeros de Ciro se lanzan á la persecución de los fugitivos y se dispersan también, excepto un número muy pequeño, que permaneció cerca de él, siendo casi todos estos los que se han llamado los convidados del príncipe. Estando así abandonado vió al rey, y sin poder contenerse y diciendo «¡Ya veo al hombre!», se lanzó sobre él, le hirió en el pecho atravesándole la coraza, como lo refirió Ctesias, el médico, que dijo haber curado la herida. Mientras que Ciro daba este golpe, un persa le hirió mortalmente por encima del ojo con su azagaya. En este combate del rey, de Ciro y de sus hombres, cayeron muchos de los del rey. Ctesias los enumera, porque se hallaba presente; de otra parte Ciro pereció, y ocho de sus más bravos compañeros fueron muertos sobre su cuerpo. Artapates, el más fiel de los oficiales de Ciro, saltó de su caballo cuando le vió caer, y le tomó en sus brazos. Se refiere que el rey mandó á uno de los suyos que le degollara sobre el cuerpo de Ciro, y según otros, se mató él mismo con su cimitarra; porque él llevaba una, con empuñadura de oro, y un collar, brazaletes y otros ornamentos, como los persas de más elevación, y Ciro le había honrado por su celo y su fidelidad.

Se hizo cortar la cabeza y las manos del inanimado cuerpo de Ciro. Los cien mil bárbaros que llevaba huuyeron. Los griegos, que se hallaron solos, hicieron alto y vieron en derrota á Artajerjes, que venía sobre ellos. El ejército persa pareció huir hasta una eminencia, donde los griegos percibieron el estandarte real y el águila de oro en el extremo de una lanza: pero se aproximaron y nadie les hizo frente. Lucio de Siracu-



sa subido en aquella altura, vió una llanura, inmensa hasta perderse de vista, cubierta de forraje, y los griegos acamparon en medio de carros de transporte abandonados y llenos de víveres.

A la mañana siguiente, inquietos, esperaban de momento en momento noticias de *Ciro*, y supieron al fin que había sido muerto, y que sus bárbaros, con *Ariocós*, su jefe, iban huyendo; un poco después, el rey envió un griego amigo de *Tisaferne* á decirles que se rindiesen. El relato de esta breve escena es de una verdad admirable. Los caracteres de *Clearco*, del viejo general *Cleanor* y del joven *Teopompo*, están indicados con la sobriedad y la claridad peculiares de los artistas griegos. Produce placer hallar, sobre todo en las frases de *Teopompo*, una huella del espíritu razonador que los maestros de la elocuencia y de la sabiduría habían desenvuelto en los jóvenes.

*Falinos* y los heraldos del rey llegaron, y llamando á los jefes de los griegos, les dijeron que habiendo vencido el rey, así como habiendo muerto *Ciro*, ordenaba que los griegos entregasen las armas y fuesen á su puerta, donde serían bien recibidos; esto fué lo que dijeron los heraldos del rey. Oyéronle coléricos los griegos; y *Clearco* se limitó á responder que no correspondía á los vencidos entregar las armas. «Vosotros, generales—dijo—dad á estos hombres la mejor respuesta que podáis. Yo volveré pronto.» Uno de sus servidores le había llamado para que viese las víctimas escogidas, porque cuando llegaron los emisarios del rey se disponía para sacrificar.

Entonces, *Cleanor*, arcadio, el más sabio de los jefes, respondió que morirían todos antes de entregar sus armas; y *Proxenes*, el tebano, dijo: «Me llama mucho la atención que sea como señor nuestro y no como amigo el modo de recla-

marnos el rey la entrega de las armas. Si es como señor, ¿por qué no viene á tomarlas? Si quiere obtenerlas por la persuasión, que diga lo que hayan de hacer los soldados cuando le hubieren hecho este presente.» A lo cual respondió *Falinos*: «El rey piensa ser vencedor, porque ha sido muerto *Ciro*, que le disputaba el Imperio. Piensa que estáis en su poder, porque os tiene en medio de su país y entre ríos invadables, y porque puede enviar contra vosotros un número de hombres tal, que si os lo entregase para que les dieseis muerte no acabaríais nunca.» Después de *Falinos*, el ateniense *Teopompo* habló así: «¡Oh, *Falinos*! En este momento, como ves, no tenemos otros bienes que nuestras armas y nuestro valor, y en dándolos seremos privados de la vida. No supongas, pues, que nosotros vayamos á entregar los únicos bienes que poseemos: estamos resueltos á combatir con ellos y por ellos.»

Cuando *Falinos* escuchó esta palabra, echóse á reír y dijo á *Teopompo*: «Joven, tienes maneras de filósofo y tu discurso no está mal hecho; pero estás equivocado si esperas que vuestro valor pueda sobrepujar al poder del rey.» Algunos otros se asegura que respondieron con menos fiereza, diciendo que habían sido fieles á *Ciro* y que asimismo prestarían grandes servicios al rey, si éste quisiera ser su amigo, y que si lo creía conveniente enviarlos contra el Egipto ó invertirlos en otra cosa cualquiera, todos se le someterían. En este momento volvió *Clearco* y preguntó á los generales si habían dado ya una respuesta, y tomando entonces *Falinos* la palabra, le dijo: «*Clearco*, unos dicen una cosa y otros dicen otra. Dinos tú lo que decidas.» «Por mi parte, *Falinos*—replicó *Clearco*—te veo con mucho gusto y creo que también los demás, porque tú eres griego como nosotros y tanto como lo somos los demás; y en el estado en que nos hallamos, dinos tú qué es lo que debemos hacer. Por ti mismo, y en nombre de Dios, danos el consejo que mejor te parezca y el más bello, el cual te honrará cuando, en el porvenir, se diga que *Falinos*, enviado por el rey para ordenar á los griegos que entregaran las armas, y habiendo sido consultado por ellos, les aconsejó tal ó cual cosa, y tú bien sabes que no se puede dejar de respetar en

Grecia lo que aconsejes.» Clearco le insinuó así su respuesta, queriendo que el mismo enviado del rey aconsejase á los griegos que no entregaran las armas, lo cual hubiese envalentado á los griegos.

Pero Falinos, defraudando sus esperanzas, respondió: «Si de diez mil probabilidades veis una sola favorable á vuestra salvación haciéndole la guerra al rey, os aconsejo que no rindáis las armas; pero si no tenéis ninguna esperanza de salvaros teniendo al rey por enemigo, os aconsejo que os salvéis como podáis.» «Esa es tu opinión—dijo Clearco—. Pues dí al rey, de nuestra parte, que si quiere ser nuestro amigo podremos serle más útiles conservando las armas que sin ellas, y que si nos mandara combatir, mejor combatiríamos teniendo nuestras armas que no teniéndolas.» «Así se lo diremos—respondió Falinos—; pero el rey nos ha mandado también decirnos que si permanecéis aquí tendréis una tregua; pero que si adelantáis ó retrocedéis se os hará la guerra.» Clearco respondió á esto: «Decid al rey que nos atenderemos á lo que dice el rey.» «¿A qué?»—replicó Falinos.—«A la tregua, si permanecemos, y á la guerra, si adelantamos ó retrocedemos.» Falinos preguntó de nuevo: «Anunciaré la paz ó la guerra.» Clearco respondió lo mismo que antes: «La tregua, si permanecemos; la guerra, si adelantamos ó retrocedemos.» Pero no le manifestó qué sería lo que haría de esto.

Clearco, al ponerse el sol, partió á fin de reunirse con Ariceos, y le esperó á la media noche. «Los generales y los capitanes de los griegos, Ariceos y los primeros de aquéllos, que se hallaban con él, juraron no traicionarse los unos á los otros y permanecer unidos. Los bárbaros juraron á su vez conducir al ejército que vino con Ciro, sin extraviarlo; habiendo hecho este juramento después de inmolar un toro, un carnero y un lobo, sobre una armadura. Los griegos mojaron sus espadas en la sangre de las víctimas y

los bárbaros sus lanzas. Luego comenzaron la retirada. Por la tarde acamparon en un pueblecito donde el ejército real había elevado hasta casas de madera. Los primeros llegados pernoctaron allí; los demás, á quienes sorprendió la noche sobre la marcha, vivaquearon como pudieron é hicieron gran ruido llamándose los unos á los otros, de modo que los enemigos les oyeron, y los más próximos huyeron de sus tiendas. Por la noche hubo tumulto y pánico entre los griegos. «Clearco, que tenía casualmente detrás de sí al heleno Tolmidas, el mejor de los heraldos de entonces, le dijo que recomendara el silencio y manifestara que los generales ofrecían en recompensa un talento de plata al que denunciara al hombre que hubiese dejado el asno en el recinto del campamento; mediante esta proclamación los soldados reconocieron que su temor carecía de fundamento y que sus jefes se habían salvado.»

A muchos historiadores les daría vergüenza de relatar hechos tan pequeños y en apariencia tan ridículos. Se quiere precisamente que una gran expedición no puede ser compuesta sino de grandes resoluciones y grandes acontecimientos, y, sin embargo, son estos detalles menospreciados los que hablan á la imaginación, hacen que se toquen los objetos y pintan á la narración el aspecto novelesco. Todo el mundo conoce y admira hoy el relato de la batalla de Waterlóo hecho en la *Chartreuse de Parme*, de Stendhal. Cuando se la ha leído parece que acaba uno de ver por primera vez lo que es una batalla. Me ha parecido muchas veces, al leer la *Retirada de los Diez mil*, que yo aprendía por primera vez lo que es la marcha de un

ejército. Jenofonte habla á cada página del forraje, los víveres, el polvo y la lluvia; refiere cómo á la noche siguiente del día de la batalla «mataron los bueyes y los asnos que se hallaban acá y allá y los hicieron cocer, quemando para ello los escudos, los carros y las flechas que recogieron en la planicie». Un poco más adelante describe la belleza y gran magnitud de las palmeras, cerca de las cuales acamparon, y cómo los soldados recogían el fruto de éstas y hacían un manjar delicioso, pero que producía daño á la cabeza; y cómo estas palmeras suministraban además dátiles y vinagre. Se ve en su libro una multitud de estos cuadros, como han hecho los pintores de escenas militares: el campamento, los grupos que se forman, las tiendas que se han levantado, las cocinas que se han instalado, el humo que se eleva por encima de los árboles, todo el ir y venir de la vida errante, toda la regularidad de la vida disciplinada; y esta mezcla de poesía y de verdad, de detalles íntimos y de aventuras singulares, que afectando al gusto por todos sus puntos sensibles, le atraen el placer de todos lados.

Al siguiente día, el rey envió heraldos para demandarles una tregua: «Decidle—dijo Clearco—que es necesario combatir en adelante; porque los soldados no tienen que comer, y no hay persona que pueda hablar de treguas á los griegos, sin procurarles qué comer.» Los heraldos repusieron, á poco, que aquello era conveniente al rey, su señor, y que conducirían al ejército á una población en la que había provisiones. Tres días después vino Tisaferne, que, en nom-

bre del rey, celebró un tratado con los griegos y prometió devolverlos á su patria y proporcionarles un mercado en su camino, y del cual se les dejaría tomar los víveres á los que no los pudieran comprar. Se puso el ejército en marcha, para la Media, atravesó dos grandes fosos, después el Tigris, después las poblaciones de Parisatis, madre de Ciro, que Tisaferne les estimuló á saquear. Pero los bárbaros de Ariœos habían hecho la paz con Tisaferne; y todos los días, el ejército de éste y los griegos, desconfiaron en adelante unos de otros. Acampaban separados, rodeábanse de guardia importante; sus respectivos hombres se peleaban por el forraje. Clearco, para salir de inquietudes, fué á buscar á Tisaferne, y le manifestó que los griegos no querían mal á los persas, pues que su bienestar dependía de ellos; que estaban dispuestos á servir al rey contra la Misia, la Pisía y el Egipto, si se quería emplearlos en ello, y acabó por preguntar el nombre de aquellos que sembraban contra ellos la desconfianza. Tisaferne pareció persuadido: «Mañana—dijo—convoca á tus generales y tus capitanes, para que yo les haga conocer á los calumniadores.» Clearco vino luego con cinco generales, veinte capitanes y alrededor de doscientos soldados.

A una misma señal, los griegos que estaban en la tienda de Tisaferne fueron presos, y á los que se hallaban fuera, se les degolló. Luego, los jinetes persas corrieron á través de la llanura, dándose á matar á cuantos griegos encontraron, libres ó esclavos. Los griegos, que desde el campamento les vieron correr, se sorprendieron, y no comprendían qué podría ser aquéllo, cuando llegó el arcadio Nizarco, que les contó lo que había sucedido.

Se ve que el relato de Jenofonte es la pura imagen de los acontecimientos. No anticipa ninguna cosa, no interviene personalmente en la narración, no se indigna, no va buscando el impresionar al lector. Que el autor se inhíba, que no haya nada entre nosotros y los hechos, que nuestra impresión sea libre, que sea producida únicamente por los acontecimientos, y nunca por los comentarios, ¿no forman, acaso, el fin y la perfección del relato?

Los retratos hechos de los generales asesinados, son de una claridad singular. Yo traduciría el de Clearco, que es de una lógica contundente y espontánea, llena de términos repetidos con una negligencia amable, y compuesta de dos demostraciones. Jenofonte busca en su general dos cualidades que resumen las demás, y las pone de manifiesto, haciendo ver las acciones y los talentos que prueban su existencia; y desenvuelve esta prueba con un cuidado, una comprobación y una exactitud, que nos parecen casi infantiles, porque hoy estamos habituados á deducir de una sola palabra una multitud de ideas, á juzgar á la ventura y á creer á la ligera, mientras que el griego, escritor sin fórmula copiada y sin frases hechas, veíase obligado á inventar sus opiniones y sus expresiones, á reflexionar sobre todos sus adelantos y á marchar paso á paso, cuidadosa y atentamente como hombre que descubre un nuevo país. Este estilo no se hallará muy lejos del de Commines que, como Jenofonte, escribió durante la aurora de las ideas generales, si se comparara un bárbaro del siglo XV, borgoñón y consejero de Luis XI, con el griego artista y

filósofo que fué discípulo de Sócrates y amigo de Platón.

Clearco, á la voz de todos aquellos que le habían experimentado, tenía en el más alto grado el gusto y el talento de la guerra. En efecto, mientras que hubo allí guerra entre los lacedemonios y los atenienses, permaneció en Grecia. Cuando la paz fué hecha, habiendo persuadido á los suyos de que los tracios engañaban á los griegos, y habiéndose procurado, como pudo, el consentimiento de los éforos, se embarcó para combatir á los tracios que habitaban por encima del Quersoneso y de Perinto. Una vez partido, los éforos sintieron cierto disgusto contra la empresa que se intentaba, y aquél se hallaba ya en el istmo cuando ellos hicieron por que tornase. Pero no obedeció y se dirigió al Elesponto. Por esta desobediencia fué condenado á muerte por los magistrados de Esparta. Proscrito desde este momento fué en busca de Ciro, y ya he dicho en otra parte mediante qué discurso convenció á Ciro, y cómo éste le dió diez mil daricos. No cayó por esto en la molice, sino que, reuniendo con este dinero un ejército, hizo la guerra á los tracios, los venció en un combate, después arrasa y entrega al pillaje su país, y después continuó la guerra hasta que Ciro tuvo necesidad de su ejército. Partió entonces para comenzar nueva guerra juntamente con Ciro, y me parece que es gustar de la guerra elegir ésta, cuando se puede gozar de la paz, sin sonrojo ni daño; preferir los trabajos de la guerra, cuando se puede vivir en la holganza y el bienestar, y disminuir las propias riquezas por la guerra, cuando sin riesgo se las puede poseer por completo. Clearco era inclinado á gastar en la guerra como otro cualquiera podría serlo á gastar en amoríos ó en otro género de placeres. He aquí, pues, cómo en verdad gustaba de la guerra. Se veía que tenía talento, porque amaba el riesgo, porque noche y día conducía las tropas contra el enemigo, porque era sagaz en el peligro, como todos aquellos que le vieron en mil ocasiones tuvieron que reconocer. Se le consideraba tan buen general como el que más, á causa de las dos cualidades salientes que tenía, y

que son éstas: sabía mejor que nadie prever cómo el ejército podría tener las cosas necesarias y procurárselas, y sabía imponer en todos aquellos que le rodeaban la idea de que era necesario obedecer á Clearco. Su medio era la severidad, porque tenía el aire sombrío, la voz ruda y castigaba algunas veces con cólera, de tal modo que en ocasiones se arrepentía. Castigaba ateniéndose al principio de que sin castigo un ejército no es bueno para nada. Decía, á propósito de esto, que el soldado debe temer más á su propio jefe que al enemigo, si se quiere que conserve su puesto, se aparte de sus amigos y marche á pelear sin buscar excusas. También en los peligros los soldados se atenían á sus órdenes y no querían otro jefe que á él, porque entonces su rostro sombrío tomaba, según dicen, una apariencia de juez y su aire duro parecía una amenaza contra los enemigos, de modo que no parecía él más duro, sino lleno de bravura. Cuando los soldados habían salido del peligro y tenían facilidad para pasar á las órdenes de otro jefe, muchos le abandonaban porque no tenía nada de amable, sino que siempre era severo y duro, de forma que los soldados eran respecto á él como los niños respecto á su maestro. Jamás hubo un hombre que le siguiera por amistad y buena voluntad: todos cuantos estaban ligados á su persona, ya fuera por orden del Estado, ya que tuvieran necesidad de él, ya por cualquiera otra razón, eran retenidos en la más estricta obediencia. Cuando comenzaban á vencer á sus órdenes había ya grandes causas para que en lo sucesivo fueran buenos soldados, porque adquirían ardimiento contra los enemigos, y el temor del castigo les hacía dóciles. Así mandaba Clearco; y se asegura que, en cambio, no era muy inclinado á que nadie le mandase. Tenía cuando murió alrededor de cincuenta años.

## II

Después de esta traición, «los griegos se encontraron en una perplejidad y consideraron que se halla-

ban bajo la mano del rey, rodeados por todas partes de muchas naciones y de ciudades enemigas, que nadie les proporcionaría abastos, que se hallaban alejados de Grecia lo menos diez mil estadios, que carecían de guías, que estaban separados de su país por ríos infranqueables, que los bárbaros de Ciro les habían traicionado y que estaban ellos solos, no teniendo ni un caballero por aliado, de manera que era visible que en el caso de ser vencedores, ellos no matarían á nadie, mientras que si eran vencidos ninguno de ellos sobreviviría. Hubo muchos que no acudieron al campamento en esta noche y se acostaron donde se hallaban, no pudiendo dormir á causa del temor y del disgusto que sentían al recordar su patria, sus padres, sus mujeres y sus hijos, á quienes esperaban no volver á ver».

Aquí comienza Jenofonte á hablar de sí mismo sin orgullo ni falsa modestia, diciendo naturalmente lo que hizo, sin mostrar temor en el relato, ni más ni menos placer que el que tuviera durante la expedición; hablando de sí mismo en tercera persona, y al parecer con tanta sencillez y tanta indiferencia como si en efecto hablara de un tercero. El había seguido á Ciro como voluntario, llamado por Proxenes, su deudo, y uno de los generales. Se hallaba muy afligido, y habiéndose dormido un rato, vió en sueños caer fuego sobre la casa de su padre y abrasarla; y despertó sobresaltado, se levantó, reunió á los capitanes de Proxenes, les mostró el peligro que todos allí corrían y les dijo que era necesario nombrar jefes y atender al bien común. Uno de ellos, llamado Apolo-

nido, que tenía el acento de los beocios, propuso entregarse al rey, por lo cual se le llamó cobarde; se hizo venir á todos los otros jefes de aquel ejército, y Jenofonte repitió su discurso ante ellos, y á continuación fué nombrado general juntamente con otros tres. Entonces fueron convocados los soldados, porque el ejército era una especie de ciudad libre y no se le gobernaba sino mediante arengas y mediante razones. Los generales expusieron uno tras otro lo que creían necesario hacer, y alentaron á las tropas. Jenofonte se levantó á su tiempo, revestido de sus mejores armas, y dijo que con la ayuda de Dios se tenían muchas y bellas esperanzas de salvación. «En este momento, alguno estornudó y los soldados, considerando esto como un presagio, por un común movimiento, se prosternaron todos para adorar á Dios. «¡Oh, hombres!—dijo Jenofonte—; pues que cuando hablamos de nuestra salvación viene á nosotros un presagio de Júpiter salvador, me parece que debemos prometer hacerle un sacrificio cuando estemos en país amigo. El que sea de éste parecer que levante la mano.—Y la levantaron todos. Después, alzando la voz, cantaron el Paeán.» Jenofonte, tomando de nuevo la palabra, explicó todos los motivos que tenían para esperar.

A los ojos de un hombre moderno no hay discurso más admirable que éste. Las proclamas que se han hecho en nuestras guerras modernas parecen el natural acompañamiento del aguardiente que se ha dado á beber á los soldados antes de la batalla. No se trata con ello sino de poner la sangre en movimiento, operación que producen las frases enfáticas

y los lugares comunes sublimes. Se emplea la literatura como una mecánica de entusiasmo. Jenofonte no tiene una elocuencia brillante, y sus soldados, que eran hombres prácticos, habituados por la educación republicana á juzgar por sí mismos, le piden, no bellas mentiras y centelleos de la imaginación, sino hechos concluyentes y razonamientos sólidos. No hay en todo su discurso ni una sola exclamación: el tono es el mismo en todo él; no hay ni una arrogancia militar: todo es en él sentido verdadero y mesurado. Explica satisfactoriamente por qué no hay que lamentarse de la defección de Aricæos; de qué manera se podrá pasar sin caballería, encontrar guía, procurarse víveres y pasar los grandes ríos; cómo conviene quemar los carros y lo superfluo del ejército, y otras cosas análogas. Los modernos pasan por hombres positivistas y se les habla como á poetas; los griegos pasaban por poetas y se les hablaba como á hombres positivistas. Una de las cosas que se debe admirar más entre sus rasgos característicos no es tanto su valor como los motivos de su valor. No está éste sostenido por esa vanidad generosa que se llama el honor, sino por su buen sentido y su recto juicio.

Quemaron sus tiendas, sus carros, lo superfluo de sus bagajes, pasaron el río Zapata, y marcharon hacia el Norte, á fin de llegar al Mar Negro en línea de batalla, llevando en el centro las mujeres, los criados y las bestias de carga. Uno de los antiguos jefes de Ciro se aproximó á ellos fingiéndoles amistad, y cuando estuvo cerca con su gente, hizo tirar sobre ellos. Los griegos sufrieron mucho, porque las flechas

de sus arqueros cretenses no alargaban lo bastante para alcanzar á los persas, y los caballeros enemigos retrocedían cuando la falange se volvía contra ellos. En este día el ejército adelantó poco en su camino y tuvo bastantes heridos. Por la tarde eligiéronse doscientos rodios que lanzaban balas de plomo con sus hondas y dos veces más lejos que lo solían hacer los persas, y se les dió dinero por este servicio; lo cual es una prueba de la gran independencia que allí cada particular tenía y de lo débil que era entre ellos el llamado puesto de honor. Hoy, para transformar los soldados de línea en tiradores, bastaría una palabra de su general y ellos rehuirían el reclamar doble sueldo. Además de esto, á la mañana siguiente vieron derrotados á los bárbaros, y los griegos mutilaron á los muertos de ellos, para imponer miedo al enemigo.

Encontraron dos grandes ciudades desiertas, á saber: Larisa y Mespila. «La base de los muros de Mespila es de piedra conchífera pulida, apaisada y tiene cincuenta pies de altura; sobre esta base levántase un muro de ladrillos de cincuenta pies de espesor y ciento de alto. El recinto tenía nueve leguas.» El Oriente ha mostrado siempre multitud de ruinas; es el país de los grandes imperios y de las grandes destrucciones, y los griegos hallaron más de una vez de aquellos restos, esqueletos de ciudades monstruosas, vestigios de civilizaciones percidas. Tisaferne los persiguió con su ejército, de tal modo que todo el día marcharon combatiendo; el enemigo fué ocupando en lo sucesivo las alturas y los griegos se veían

obligados á tomarlas por asalto. El número de sus heridos aumentó y hacía falta invertir soldados en conducirlos y otros en llevar las armas de los conductores. Acamparon durante tres días en aldeas donde había provisiones preparadas para un sátrapa, y destinaron ocho médicos al cuidado de los heridos.

Cuando llegaron á las orillas del Tigris vieron que era imposible atravesarle, porque sondando con las lanzas no llegaron al fondo. Los generales hicieron venir entonces á los prisioneros y se informaron de ellos acerca de las rutas. Las del Norte conducían á las montañas de los Carduqueos, pueblo muy guerrero que no obedecía al rey y que había destruído en los desfiladeros un ejército de ciento veinte mil hombres, enviado con el fin de reducirles. Pero era necesario seguir este camino, á fin de pasar el Tigris por el lugar de su nacimiento. Partieron por la noche con gran rapidez á fin de sorprender á los bárbaros. La narración de este episodio es tan curiosa y animada, que voy á procurar traducirla entera.

Quirosofo subió á la altura antes que de su presencia se apercibiera el enemigo, y luego ordenó marchar á los suyos. El resto del ejército le seguía siempre á la misma distancia y ocupaba los poblados, los valles y las gargantas. Los habitantes, abandonando sus respectivas casas, huían con sus mujeres y sus hijos á lo alto de las montañas. En sus viviendas tendría necesariamente que haber viveres de qué apoderarse, y además estaban provistas de utensilios de bronce en gran cantidad. Los griegos no se llevaron ninguno ni persiguieron á los habitantes; se les excitaba á dejar pasar al ejército griego por entre ellos como por un país amigo, lo cual era natural, pues que eran enemigos del rey. En cuanto á los viveres,